

*Recapitulación.* — *Marie dans la liturgie de Byzance* es un tratado mariológico completo extraído de los textos litúrgicos bizantinos más antiguos, leídos con madurez teológica y asimilados con fe amorosa. Gracias a esta obra del Padre Ledit, tanto los estudiosos de María y los liturgistas como los teólogos en general tienen al alcance multitud de textos y reflexiones con que iluminar aún más sus saberes y poder entablar un verdadero diálogo ecuménico con los cristianos ortodoxos. Por otra parte, la obra del P. Ledit tiene páginas bellísimas de ascética mariana, que pueden apoyar y estimular la piedad de los creyentes hacia María.

José Antonio ABAD

Gabrielis BIEL, *Collectorium circa quattuor libros Sententiarum*, auspiciis Hanns Ruecker (†), ediderunt Wilfridus Werbeck et Udo Hofmann, Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck). Tomus I: *Prologus et Liber primus*, collaborantibus Martino Elze et Renata Steiger, 1973, in-8.º, XI-787 pp.; Tomus IV/1: *Libri quarti pars prima* (dist. 1-14), collaborante Renata Steiger, 1975, in-8.º 502 pp.; Tomus IV/2: *Libri quarti pars secunda* (dist. 15-22), collaborante Renata Steiger, 1977, in-8.º, 624 pp.

El Maestro Gabriel Biel debió de nacer hacia el 1410, en Spira, y murió en 1495. Fue Vicario de Maguncia, estudió en Heidelberg y Erfurt, se licenció en Sagrada Teología y enseñó en la Universidad de Tübinga desde 1484 y hasta su muerte. Suele conocerse como el último vástago del ockhamismo; y a pesar de las pocas novedades que introdujo con relación a Guillermo de Ockham fue, sin duda alguna, un brillante representante del nominalismo, quizá el más destacado en el siglo xv, si nos atenemos a los elogios de su discípulo Wendelin Steinbach en el Prefacio (fechado en 1501) que reproduce la edición que comentamos, hasta el punto de que a los ockhamistas de Erfurt y de Wittenberg se les conocía con el sobrenombre de "gabrielistas". Sin embargo, poco después de su muerte el nominalismo entró en decadencia y se derrumbó durante el siglo xvi bajo los embates conjugados del humanismo, la Reforma, el tomismo y el escotismo renacientes. *Su sofisticada dialéctica* —dice Maurice de Wulf—, *sus paradojas, su jerigonza filosófica cayeron en el ridículo, y como estaba vacío (el nominalismo) de metafísica, no tuvo valladar doctrinal alguno en que pudiera parapetarse. No fue abatido por los decretos (conciliares). Se consumió a sí mismo, por desgaste, sofocado entre sus propias triquiñuelas.* No obstante, la importancia histórica del nominalismo ha sido notable, porque —como han puesto de manifiesto la mayoría de los historiadores, entre ellos

Friedrich Ueberweg— Lutero se formó en el ockhamismo a través de Biel. Este papel de transmisor del escolasticismo, como fuente en la que Lutero conoció la tradición escolástica —ciertamente no la tradición de la Alta Escolástica, sino la presentación que de ella ofrecía Guillermo de Ockham— puede haber sido una de las razones fundamentales que ha movido a los promotores de este *Epitome* bielense a preparar la edición crítica que ahora nos ofrece J. C. B. Mohr (Paul Siebeck) Verlag. Y asimismo lo ha entendido el consenso de los especialistas, tal como refiere Raymond Macken en su “compte rendu” de *Scriptorium*.

Gabriel Biel redactó su *Collectorium circa quattuor libros Sententiarum* durante su estancia en la Universidad de Tubinga. Pero, a pesar de su esfuerzo y de los once años de dedicación, no pudo concluir su intento, que dejó inacabado al terminar la distinción 22 del cuarto Libro. La edición crítica que ahora se publica culmina con el “sumarium textus” de la distinción 23 y una especie de epílogo (“suscriptio editorialis Wendelini Steinbach”), redactado a modo de largo epitafio, en el que brevemente se resume la vida virtuosa de Biel, toda ella dedicada a la ciencia, y se señala que conocía muy bien a todos los autores escolásticos de nota: Hugo de San Victor, Pedro Lombardo, San Buenaventura, Alejandro de Hales, Santo Tomás, Ricardo (de Mediavilla), Duns Escoto, Durando, Ockham, etc. La presente edición, comenzada por Hans Rueckert en 1956, se ha basado sobre la recopilación preparada por Wendelin Steinbach, discípulo de Biel y ferviente admirador suyo, quien pudo trabajar sobre los manuscritos autógrafos. Steinbach encargó la impresión a Juan Otmar, que la publicó en Tubinga, aunque sin especificar ni el editor ni el lugar de edición. El manuscrito que Steinbach tuvo a la vista se ha perdido, si bien todavía podía ser consultado en la Biblioteca Martinstift de Tubinga hacia 1718, y había desaparecido ya cuando se buscó en 1881. En cambio, se conserva esa edición *princeps*, y se sabe que todas las que actualmente se conocen, que son ocho en total, dependen de ella: la segunda y la tercera fueron impresas en Basilea en 1508 y 1512, respectivamente, y la cuarta en Lyon, en 1514. Esa dependencia es siempre indirecta, porque cada una de ellas se basa en la anterior, remontándose así hasta la *princeps* por medio de las ediciones precedentes. Especialmente interesante resulta la edición de Lyon, porque el editor Juan Cleyn se tomó la molestia de corregir muchos errores, tanto de impresión o gramaticales, como de citación de las Sagradas Escrituras. Por ello, el equipo que ahora presenta la edición crítica tuvo especialmente a la vista, no sólo la edición *princeps* (de 1501?), sino también las primeras de Basilea (1508) y de Lyon (1514).

Estos tres primeros volúmenes, de los cinco que tendrá la obra cuando esté terminada, tienen —aparte de la división del texto que es habitual en los comentarios a Pedro Lombardo:

libro, cuestión, artículo— una numeración marginal alfabética y otra cardinal por temas y líneas, que facilitan notablemente las referencias. A pie de página puede confrontarse el aparato crítico, debajo del cual se encuentran las citas de autoridades. El primer volumen incluye, además, una larga "Introductio" de los editores Werbeck y Hofmann (pp. V-XL), en que se explica detalladamente la metodología adoptada; y un elogio rítmico a Gabriel Biel, debido a Enrique Bebelio Justigense, fechado en 1501, al que siguen dos prefacios: el ya citado de Steinbach, también de la misma fecha, y otro prefacio redactado personalmente por Biel a modo de protesta de ortodoxia. De todo lo cual podemos concluir que esta edición es sencillamente perfecta, desde el punto de vista técnico y formal.

Quizá por las dificultades que ha supuesto hasta ahora la consulta directa de su *Collectorium*, y por su estricta dependencia de Ockham —y aun a sabiendas de la influencia histórica que ha tenido, al ser el eslabón entre el Doctor *inceptor* (el que empieza) y Lutero—, los manuales de Historia de la Filosofía le han prestado muy poca atención. Copleston, por ejemplo, le dedica sólo un párrafo, por cierto bastante breve, en el volumen III de su *A History of Philosophy*; Gilson lo margina en su monumental *La Filosofía en la Edad Media*, al limitarse al estudio del nominalismo sólo en el siglo XIV; Fraile lo despacha en diez líneas; y Van Steenberghe no ha recensionado nunca ninguna obra dedicada a Biel (cfr. *La Bibliothèque du Philosophe médiéviste*) etc. De esta dependencia total y absoluta de Ockham fue consciente él mismo, cuando, al terminar el prólogo de su *Collectorium* (q. 12, a. 2, dub. 3, in fine), cuyo tema es el estudio de la naturaleza de la Teología y qué tipo de de hábito intelectual constituye, se limita a remitir a su Maestro para cualquier especie de aclaración y solución de dudas. No obstante, como observa Copleston, "posiblemente sea interesante advertir que Gabriel Biel no interpretaba la teoría moral de Ockham en el sentido de que no haya un orden moral natural. Hay objetos o fines aparte de Dios, que pueden ser elegidos de acuerdo con la recta razón, y filósofos paganos como Aristóteles, Cicerón y Séneca, pudieron realizar actos moralmente buenos y virtuosos. Por su absoluto poder, Dios podría, ciertamente, ordenar actos opuestos a los dictados de la razón natural; pero eso no alteraría el hecho de que esos dictados pudiesen ser reconocidos sin necesidad de la Revelación" (*Opus. cit.*, p. 150). He aquí una interesante exégesis de la doctrina de Biel, que no se sabe hasta qué punto se podría conciliar con la visión, tan pesimista y angustiada de la naturaleza caída, tal como quedó expuesta en los escritos de Lutero.

Por otra parte, y conviene no olvidarlo, las doctrinas morales de los nominalistas, entre ellos el mismo Biel, no constituyen el núcleo fundamental de ese sistema. Son, por decirlo de algún

modo, consecuencias necesarias de su concepción de la voluntad y, en última instancia, de la particular solución que ofrecen a los problemas que plantea la cuestión gnoseológica. Dicho más radicalmente, y tomando prestada una expresión de Paul Vignaux —el más profundo conocedor de esa época histórica— el nominalismo es esencialmente una concepción del ser: “telle nous apparaît la perspective du nominalisme: c'est une notion du réel qui en occupe le centre” (DTC, XI, 754); y como tal concepción del ser, Ockham, Biel y tantos otros son expresión de una línea de pensamiento, que algunos han visto inaugurada en Duns Escoto, pero que sin duda es mucho más antigua: hunde sus raíces en el neoplatonismo, vía Avicibrón. No se trata, pues, de una nueva vía, como suele decirse, sino, y propiamente hablando, de la *via antiqua*. Pero sobre todo esto podría discutirse mucho, gracias, sin duda alguna, a la edición de Biel que ahora nos ofrece la Editorial Mohr. En todo caso, la presente edición crítica puede ser el punto de partida para el renovado estudio de esta discutidísima figura, con el que se puedan aclarar las numerosas cuestiones pendientes acerca de su influencia en la posterior historia del pensamiento filosófico y teológico.

José Ignacio SARANYANA

Melquíades ANDRÉS, *La Teología Española en el siglo XVI*, Madrid, Editorial Católica, (“BAC, Maior”, 13 y 14), 1976, vol. I, 426 pp.; vol. II, 669 pp., 15×23,5.

Son sobradamente conocidos para el historiador, por una parte, el autor cuya obra analizamos; y, por otra, el influjo e importancia de la Teología española del siglo XVI. Por eso, si con las ya numerosas publicaciones que Melquíades Andrés tiene sobre la historia de la Teología en la España de la Edad de Oro, se había hecho merecedor de nuestro reconocimiento, éste, evidentemente, es aún mayor a partir del título que ahora edita la BAC.

Sin lugar a dudas, podemos decir que nos encontramos con una publicación que viene a facilitar el conocimiento, de manera crítica, de nuestro pasado, y que, a su vez, proporciona verdaderas lecciones para el presente; se trata de una historia de la teología que posibilitará, incluso, la comprensión de otros aspectos del saber: literario, filosófico, artístico, tan ricos en nuestro Siglo de Oro. Una historia que faltaba.